

Recensión



TONKE DENNEBAUM, *Freiheit, Glaube, Gemeinschaft. Theologische Leitlinien der Christlichen Philosophie Edith Steins* [Libertad, Fe, Comunidad. Líneas teológicas fundamentales de la filosofía cristiana de Edith Stein] (Freiburg im Br.: Herder, 2018), pp. 414.

Por Matías Omar Ruz
matiasomarruz@hotmail.com

Sin dudas que luego de la beatificación, canonización, reconocimiento de su martirio, pero también de su obra filosófica, se ha hecho mucho en relación a los escritos de Edith Stein, sobre todo en lo que a la investigación internacional y a la originalidad de su pensamiento se refiere. Este es el trasfondo desde el cual Tonke Dennebaum aborda un minucioso análisis de la obra de Edith Stein desde un enfoque que, como él sostiene, no está del todo tematizado o sólo tangencialmente discutido: su perspectiva teológica (p. 9).

Sin embargo, el capítulo 1 (Libertad, fe y comunidad. Líneas fundamentales de una biografía) tiene un enfoque biográfico, como lo señala el título del capítulo. El autor se pregunta por la

razonabilidad de un capítulo así. Y responde que una teología justificada teóricamente que lleve a cabo el giro hacia el sujeto no puede formular afirmaciones meramente teóricas si no se comprende como un espejo de una historia vivida de fe. Agrega, además, que el contexto del surgimiento de las respectivas reflexiones actúa como clave de comprensión hermenéutica (p. 11). Ni la vida de Edith Stein ni el tiempo en el que ella vivió, ha sido lo suficientemente lineal. Por eso la biografía de la filósofa muestra, como apunta el autor, que se movió en contextos plurales pronunciados más que otros de sus contemporáneos (90). Asimismo, Dennebaum apunta al contexto de las primeras décadas del siglo XX que ha marcado la vida y el pensamiento de Edith Stein: trasfondo judío familiar, acercamiento a un enfoque filosófico promisorio, la terrible experiencia de la Primera Guerra, la actividad política en el contexto de la joven democracia de la República de Weimar, el movimiento de salida en determinados ámbitos del catolicismo, el espanto del Nacionalsocialismo y finalmente la espiritualidad de algunas órdenes religiosas. Con razón, el autor sostiene que era necesario mostrar este trasfondo biográfico para comprender cómo afecta a sus textos sobre filosofía de la religión (91).

En los siguientes capítulos, el autor desarrolla diferentes niveles de un análisis sistemático sobre filosofía de la religión y teología en la obra de Stein. En el capítulo 2 (Filosofía cristiana en la autora), Dennebaum se centra, sobre todo, en el texto *Ser finito y ser eterno* para mostrar el proyecto de filosofía cristiana de Edith Stein. El autor deja en claro lo importante que se convirtió la cuestión de Dios para la filósofa, no sólo desde un abordaje teórico e intelectual sino también como una pregunta personal por el significado de la fe en Dios. Pero mientras Edith Stein se cuestionaba a Dios desde la fenomenología, tuvo que habérselas con un ambiente católico más bien cerrado, marcado por la escolástica que se negaba a entrar en diálogo con la modernidad. Para Dennebaum, un punto neurálgico en este contexto fue la traducción de los escritos de John Henry Newman y Tomás de Aquino (p. 172). Sobre todo, Santo Tomás le ayudaba a tender un puente entre el idealismo y el realismo. Pero el autor también manifiesta que no sería adecuado plantear las reflexiones de Edith Stein como una síntesis de la fenomenología de Husserl y la filosofía de Santo Tomás, se trata más bien de hacerlas entrar en diálogo. Dennebaum puntualiza acertadamente: «aquí no se debe pasar por alto que a la filósofa cristiana Edith Stein sólo se la puede entender si también se la comprende como una mística» (p. 174). Y esto es así porque para Edith Stein se trata de una filosofía de vida en el sentido estricto de los términos, una filosofía que piensa conjuntamente al ser de la creación y al Ser del Creador en una síntesis filosófica.

En el capítulo 3 (Contenido teológico de los escritos principales), Dennebaum toma el texto *Libertad y Gracia* y retoma *Ser finito y ser eterno* para mostrar los contenidos teológicamente relevantes de la filosofía cristiana steiniana. Aquí se ve la complejidad del trabajo teórico de Edith Stein. Con respecto al primer escrito, los tres conceptos clave que el autor tematiza son “libertad, fe y comunidad”. Edith Stein describe al ser humano, por un lado, como un ser natural y, por otro, como capacitado para trascender su estructura natural relacionándose en libertad con una esfera espiritual. En este camino, considera al individuo humano no en soledad, sino que reconoce en la fe un principio de comunión fundado en una responsabilidad recíproca. Esto se advierte en la sentencia “uno para todos y todos para uno” y se refleja, según el autor, en la comprensión que Edith Stein tiene del concepto de fe religiosa –fides– que Edith Stein caracteriza de tres maneras: como conocimiento, amor, acción. Una última tesis derivada de este texto reza: toda verdad proviene de Dios (p. 231). *Ser finito y ser eterno*, obra principal de Edith Stein, está metodológicamente fundada como filosofía cristiana donde se asumen afirmaciones teológicas como argumentos filosóficos para acercar conceptualmente la meta del *perfectum opus rationis*. El autor destaca acertadamente cómo Edith Stein discute con la ontología griega y escolástica y desarrolla rasgos esenciales del orden de la creación para mostrar la referencia de todos los seres a un Ser Eterno. Partiendo del concepto de hipóstasis, Edith Stein define la persona como sujeto que posee un yo consciente y libre. Con este trasfondo, Dennebaum profundiza la relación que Edith Stein establece entre creador y creación y muestra no sólo las dimensiones trinitarias de la existencia de la materia inanimada sino también del ser humano cuya esencia le permite un desarrollo progresivo hasta la inmersión mística y viviente en Dios (p. 232). Cristo aparece como la cabeza de todo ser humano y su cuerpo místico abarca a todos y a toda la creación. Más aún, todo ser humano está destinado a ser miembro del cuerpo de Cristo y este es el sentido del ser individual. Para Edith Stein, el ascenso hacia el sentido del ser se da en Cristo ya que de él todo ser recibe su sentido (p. 232).

El capítulo 4 (Libertad, fe y comunidad como lugares teológicos) desarrolla argumentos sólidos desde los cuales se trabajan y discuten los conceptos clave de “libertad, fe y comunidad” desde la perspectiva teológica y desde la filosofía de la religión según Edith Stein. Este capítulo sistemático constituye el núcleo del trabajo de Dennebaum. Aparece aquí la cuestión del posicionamiento teológico de Edith Stein en la relación entre la Nueva y la Antigua Alianza, la relación con la

filosofía de Martin Heidegger y las analogías a la filosofía judía del diálogo. El autor puntualiza algo que era un convencimiento de Edith Stein: nunca se entendió a sí misma como una teóloga especializada. Incluso cuando Edith Stein hace comentarios o reflexiones religioso-teológicas, no significa que haya variado su orientación filosófica-intelectual (p. 233). Sin embargo, el autor extrae algunas citas de Edith Stein de importancia en este contexto: «para mí fue claro desde un principio que una antropología filosófica demanda un complemento teológico» y «lo que supera la posibilidad natural del entendimiento humano, puede ser descubierto por la luz sobrenatural de la Revelación» (p. 234). Aunque Edith Stein se autopercibe filósofa, no se puede negar que su filosofía cristiana contiene una teología. Esto es lo que hace emerger Dennebaum en la obra *Ser finito y ser eterno*: la experiencia de la existencia de Dios en sí y para nosotros. En este sentido está permitido pensar que las transiciones de una filosofía motivada teológicamente a una teología filosóficamente justificada corren de un modo fluido: «en cualquier caso es válido para escritos de estas características decir que sólo se los puede descifrar realmente si se los alimenta desde las dos facetas, la filosófica y la teológica» (p. 237). Igualmente, el autor analiza la recepción que hace Edith Stein de Dionisio Areopagita para mostrar cómo por medio del pensador antiguo, se abre un acceso a la filósofa como teóloga (p. 238-239). Aquí el autor se pregunta si podemos esperar que Edith Stein desarrolle los conceptos de libertad, fe y comunidad como lugares teológicos y responde que «a pesar de la cercanía a la teología, y especialmente al modelo de Dionisio, Edith Stein no ha elaborado tratados teológicos ni aludido o desarrollado sistemáticamente planteos de soteriología, eclesiología o teología de la religión. Sin embargo, no hay duda que, sobre la base de su literatura, pueden reunirse reflexiones teológicamente relevantes y someterlas a un análisis más detallado» (p. 239). Es así que el autor muestra cómo la libertad es entendida por Edith Stein como la capacidad de amoldar la propia vida y darle una dirección determinada, donde sólo puede decirle “sí” a la fe en libertad, si Dios se lo posibilita por medio de una gracia preparatoria. La libertad está unida al «Reino de lo alto» y el “otro” está considerado desde el comienzo no como objeto sino como sujeto. Esta relación establece una responsabilidad para con el prójimo (p. 373). Y agrega Dennebaum: «el misterio de la misericordia de Dios consiste en que el ser humano está llamado a colaborar con la obra de Dios. De esta manera, la cristología se convierte en una calve hermenéutica de la antropología de Edith Stein» (p. 374). En el caso de la “fe”, Edith Stein la trata desde el punto de vista filosófico pero cuando la mística se convirtió en un condimento fuerte en su vida, la relación con Dios influyó, así lo afirma el autor, en su posicionamiento filosófico. En relación a la Nueva y Antigua Alianza, Dennebaum hace observaciones importantes. Ambas dimensiones de la Alianza

fueron de importancia vital para Edith Stein como también el cristocentrismo en ellas. Sin embargo, sería “inexacto” interpretar a esta autora como un “puente” entre ambas religiones (p. 374). Más bien sería correcto interpretar su teología como un aporte a un “nuevo anclaje” de Israel en la conciencia cristiana. En este sentido Cristo no divide la historia de la salvación en un “antes” y un “después” sino que es el garante de la continuidad e interpreta la existencia de la creación en su conjunto desde Cristo y por él. Por último y no menos importante es lo que el autor analiza en relación al concepto “amplio” que Edith Stein tenía de la Iglesia en la línea de lo que más tarde sería una posición inclusiva. Con respecto al concepto de “comunidad”, el Dennebaum muestra que la santa filósofa lo desarrolla en tres contextos muy diferentes: teología de la cruz, filosofía de la existencia de Martin Heidegger y la filosofía judía del diálogo. El autor une, siguiendo a Edith Stein, su teología de la cruz con la cruz que también el pueblo judío carga y termina en su persecución. Como razón sostiene el autor, “de modo parecido al caso de su identificación con la figura de Ester, adhiere espiritualmente a la cuestión de los judíos y la paz del mundo» (p. 377). Por otro lado, el autor muestra de modo preciso cómo se hace visible en Stein la intersubjetividad constitutiva del ser humano a partir de la lectura de Martin Heidegger. Sin embargo, también son notables las diferencias. Distinto del filósofo alemán, Edith Stein sostiene que la angustia pierde significado cuando el ser humano afirma libremente la gracia de Dios. Con claridad Dennebaum establece también la relación que hace la autora entre los tres conceptos de “libertad, fe y comunidad” en comparación con los pensadores judíos del diálogo como Martin Buber y Franz Rosenzweig. Importante es aquí destacar que, en relación a la antropología, ambos pensadores judíos tienen una postura parecida a la de Edith Stein en la medida en que fundan la antropología bíblicamente y dentro de la dinámica de la relación del ser humano con Dios y con el prójimo. De este modo se realiza el proceso de convertirse en persona: «se trata entonces de un personalismo fundamentado teológicamente» (p. 378). Brevemente: el llegar a ser persona no se realiza simplemente en la relación yo-tú sino que se realiza en el Tú divino y, más precisamente, en la comunión trinitaria.

En el epílogo, Dennebaum se pregunta si aún hoy vale la pena abordar el pensamiento de Edith Stein, sobre todo en un tiempo como éste marcado por rompimientos epocales radicales. Teniendo en cuenta los temas que aborda sobre la autora, sostiene que aún sus planteos son relevantes en un momento donde los grandes relatos parecen haber perdido peso como también las opciones religiosas, donde la fe no aparece como una dimensión viva de la persona. En el caso de Edith Stein se refleja el acceso moderno a la religión y a la fe cuando decide bautizarse, después de un largo

proceso marcado por años de estudio y formación. Ella asume una fe viva pero también intelectualmente responsable. En este sentido, Dennebaum recupera los conceptos de “libertad, fe y comunidad” para sostener que siguen siendo, aún hoy, aspectos atractivos y que pueden ser recogidos en un sentido positivo. Además, a nivel antropológico, se resalta que el ser humano para Edith Stein no pierde su individualidad por el hecho de estar unido al Reino de lo Alto, al contrario, se realiza en él. No obstante esto, el autor vuelve a subrayar que Edith Stein renuncia a una hermenéutica sistemática de proposiciones teológicas. Esto no significa que no confesara, aún en sus planteos filosóficos, al Dios Uno y Trino. En este marco, Dennebaum remata su texto con una cita de Edith Stein donde sostiene que, afirmar la existencia de Dios no significa «comprender lo Incomprensible (...). Más que el camino del conocimiento filosófico, el camino de la fe nos ofrece al Dios de la cercanía personal, al Amante y Misericordioso, y nos ofrece también una certeza que no es propia de ningún entendimiento natural» (p. 383).